

Voces de Europa



Giovanni Dozzini

El viaje de Baboucar



ÁTICO DE
LOS LIBROS

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a suscribirse a la newsletter de Ático de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



El viaje de Baboucar

Giovanni Dozzini

Traducción de Elena Rodríguez

Colección Voces de Europa



Contenido

Portada

Newsletter

Página de créditos

Sobre este libro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Sobre el autor

Sobre la traductora

Notas

Página de créditos

El viaje de Baboucar

V.1: febrero de 2022

Título original: *E Baboucar guidava la fila*

© Giovanni Dozzini, 2018

© de la traducción, Elena Rodríguez, 2022

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Ilustración de cubierta: Patrizio Marini

Corrección: Isabel Mestre y Raquel Bahamonde

Publicado por Ático de los Libros

C/ Aragó, n.º 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@aticodeloslibros.com

www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-18217-30-2

THEMA: FBA

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido cofinanciado por el programa de Europa Creativa de la Unión Europea. El contenido de esta publicación refleja únicamente las opiniones del autor y es responsabilidad exclusiva del mismo. La Comisión Europea y la Agencia no se responsabilizan del uso que pueda hacerse de la información aquí recogida.

El viaje de Baboucar

**Obra ganadora del Premio de Literatura de la
Unión Europea**

Baboucar, Ousman, Yaya y Robert son migrantes que han llegado a Italia tras haber cruzado media África y el Mediterráneo. Están atrapados entre la esperanza de que acepten sus solicitudes de asilo y el miedo a que las rechacen.

Un fin de semana, deciden tomar un tren que los llevará al Adriático. Su destino es la playa de Falconara Marittima y el viaje está marcado por los encuentros, las obsesiones de cada uno de ellos y su relación con el mundo que los rodea. Son cuarenta y ocho horas de pequeños acontecimientos: sucesos cotidianos, multas, noches al aire libre, visiones, la final de la Eurocopa de fútbol e incluso peleas. Dos días en que los cuatro amigos caminan, siempre en fila india, por las calles del centro de Italia.

El viaje de Baboucar es una fábula que nos habla del deseo de una vida digna y de lo que sucede cuando se llega a la orilla y se empieza una nueva vida hecha de miedos, deseos, rabia, nostalgia y sueños. El resultado es una obra con la particular resonancia poética que solo tienen las cosas verdaderas.

«Un libro fuerte y necesario.»

La Repubblica

«Dozzini se ha enfrentado con sensibilidad a un tema actual que nos afecta a todos.»

Corriere della Sera

«Giovanni Dozzini escribe sobre aquellos que llegan a Europa y se mueven, con esperanza, miedo e inseguridad, en una tierra extranjera.»

Huffington Post

«Ahora los migrantes invisibles tienen una novela que habla de ellos, y Dozzini lo hace de una forma muy honesta. [...] Es la épica menor contada con rigor y realismo.»

Il Manifesto

«Una fábula sin moraleja que se centra en la vida cotidiana de cuatro jóvenes africanos. El espejismo de una vida normal.»

Avvenire

«A pesar de tener poco más de cien páginas, enseguida resulta evidente lo necesario que es contar esta parte de la historia.»

Wu Magazine

Para Bianca, pequeña, pequeña.

Para Buna.

Para aquellos que van.

1

Baboucar encabezaba la fila. Inmediatamente después de él iba Yaya y, unos metros más atrás, los otros cuatro: Robert, Ousman y los dos Mohameds. Junto a ellos se sucedían las fábricas y los girasoles, luego llegaban los huertos y las primeras casas del pueblo. Los coches, que circulaban con rapidez ese mediodía, provocaban ráfagas de aire al pasar junto a ellos. Los chicos vestían ropa limpia, zapatillas deportivas de marca blanca, vaqueros claros y llevaban los teléfonos móviles en la mano. En la bolsa de plástico que Baboucar se pegaba al costado se vislumbraban toallas y un peine; el más alto de los dos Mohameds llevaba una bolsa negra en bandolera del festival Umbria Jazz que parecía casi vacía. Todos avanzaban con la cabeza gacha y las mochilas a la espalda. Ousman y Mohamed el Bajo intercambiaban de vez en cuando algunas palabras en wolof; los demás escuchaban la música en silencio y se lanzaban alguna que otra mirada para saber hacia dónde ir. Cuando llegaron al final de la calle, Baboucar les indicó a todos con un gesto que se detuvieran, y los seis se reunieron en la esquina de una plaza frente a un bar. Baboucar se pasó una mano por el cabello voluminoso, que parecía una gran esponja negra pegada al cuero cabelludo.

—Ahora vayamos hacia allí, porque nos esperan allí — dijo mientras señalaba el camino que se adentraba en el pueblo.

Cinco minutos después apareció ante ellos un gran parque con una valla de madera, columpios para niños y mesas de madera alargadas bajo unos altos cobertizos. Las hileras de álamos que encontraron poco después indicaban el lecho del Tíber. Los demás estaban allí, con grandes bolsas apoyadas en una de las mesas, y, cuando los vieron, empezaron a remangarse.

Lo primero que hizo Baboucar fue acercarse a Mariam y preguntarle si le gustaba aquel lugar, y ella respondió que sí sin levantar la vista del teléfono móvil. El vestido azul corto le dejaba al descubierto unas preciosas piernas color habana. Baboucar se sentó a su lado y se quedó en silencio un rato mientras meditaba qué hacer. Los demás ya se habían mezclado con el resto de la compañía; alguien había empezado a poner la mesa con cuencos y ollas llenos de verdura y arroz. Luego, Baboucar preguntó por Ibrahim. Una mano le señaló a un chico que estaba hablando por teléfono al otro lado de la mesa, pero Baboucar dijo que no se refería a ese Ibrahim, y entonces le indicaron que el Ibrahim en cuestión no había acudido.

—¿Qué diantres dices? —respondió él con los ojos abiertos de par en par y mirando fugazmente a Mariam, que no lo estaba escuchando.

El que había hablado se le acercó y le explicó que Ibrahim tenía otras cosas que hacer. Baboucar frunció los labios con nerviosismo y alzó un poco la voz para explicar que habían llegado a un acuerdo y que les había asegurado a los demás que, después de comer, irían a la piscina del amigo de Ibrahim; señaló la bolsa llena de toallas y pensó horrorizado en la reacción de Mariam, y la imagen de Mariam en bañador se esfumó. El chico se encogió de hombros, y alguien le dijo que no se lo tomara mal, que lo

que no se podía hacer hoy siempre se podía dejar para mañana. Baboucar negó con la cabeza y escupió, sintió que el estómago se le encogía y tuvo la sensación de que la mata de pelo le caía sobre la frente. La palpó; seguía en su sitio, y halló el valor necesario para hablar con Mariam. Esta vez, la chica alzó la cabeza, sonrió y aseguró que no estaba decepcionada. Añadió, sin embargo, que avisaría a las otras para que no fueran, pero a Baboucar no le interesaba que lo hiciera, entre otras cosas porque las demás no iban nunca a ningún sitio, ni a pasear ni a los ensayos de la película. Y a él, como todos sabían, solo le importaba Mariam. Cuando, justo después de comer, la vio alejarse sin decir nada a nadie, se quedó helado, pero después vio la bolsa en el banco y comprendió que volvería. Ella se comportaba así. De vez en cuando desaparecía, luego volvía y sonreía.

—Creo que podríamos ir a la playa.

Los sorprendió. Durante unos instantes, nadie respiró; entonces, Yaya abrió la boca, con su dentadura perfecta y blanca, y aplaudió sin levantarse del banco.

—Qué grande, Baboucar —dijo, y dio un pescozón a Mohamed el Bajo, que estaba sentado delante de él, para que se quitase de encima ese aire de mentecato y también mostrara entusiasmo. El otro Mohamed sonrió y alzó la vista al cielo, mientras que Robert miró a su alrededor para examinar la reacción de los demás y decidir cuál debía ser la suya. Ousman negó con la cabeza y, en wolof, comentó que Baboucar se había vuelto loco.

—No —respondió él—. Podemos hacerlo, confiad en mí.

Todos, excepto los dos marfileños, que hablaban poco italiano, prestaron atención al plan con el que Baboucar quería resarcirse por el desengaño con la piscina.

—Vamos en tren a Foligno. Allí, tomamos otro tren. Y luego llegamos al mar.

Mohamed el Alto protestó enseguida por el coste de los billetes, pero Baboucar dijo que no los pagarían.

—Solo hay que comprar uno —indicó con el dedo índice alzado—. Solo uno. Los demás se esconden.

En el rostro de Ousman se pintó una expresión descorazonada, entornó los ojos y eso hizo que sus labios parecieran incluso más gruesos.

—Es difícil —opinó.

—Es fácil —respondió Baboucar—. Si llega el revisor, nos metemos en el baño. Los que vayan sin billete que se metan en el baño.

No los convencía. No a todos, al menos: Yaya parecía emocionadísimo, Mohamed el Bajo y Robert escuchaban con atención, los marfileños no habían dejado de hablar entre ellos en ningún momento. Los que se mostraban más perplejos eran Mohamed el Alto y Ousman.

—Es peligroso —apuntó Ousman, y explicó agitado que no podía permitirse correr ningún riesgo, porque la comisión le había dicho que no. Baboucar lo tranquilizó: el único billete que comprarían sería el suyo. El plan consistía en que Ousman viajara solo en el vagón más cercano a la locomotora y que los demás se repartieran por los más alejados. En cuanto el revisor comprobara el billete de Ousman, este los llamaría para decirles que se escondieran en los baños.

—Oh —le dijo Mohamed el Alto a Yaya mientras le daba un codazo—, Baboucar está loco.

El otro Mohamed rio, y también Robert, a pesar de que no lo había entendido muy bien. Ousman miró a Baboucar y dijo que no; luego se alejó hacia los columpios, se sentó en uno giratorio y empezó a pensar. En cualquier caso, Baboucar parecía satisfecho, porque estaba convencido de que los dos Mohameds, Robert y Yaya se irían a la playa

con él. Ahora tocaba lo más importante, pero pensó que, con todo aquel apoyo, Mariam se mostraría impresionada y no se echaría atrás. No podía invitarla solo a ella. Era demasiado pronto. Y Baboucar no estaba seguro de ser un tipo tan romántico. Habría querido, pero quizá todavía necesitaba algo de experiencia.

Hacia media tarde, el parque comenzó a llenarse. Hombres y mujeres habían dejado sus coches en el gran aparcamiento y se habían encerrado dentro de una estructura de ladrillos que había detrás de las mesas. En la fachada, cubierta de carteles, había aberturas que dejaban entrever las idas y venidas de la gente. Justo cuando los chicos africanos estaban terminando de comer llegó otro grupo, que estaba formado por mujeres con velo, hombres sin músculos y cuatro o cinco niños, y se colocaron en una mesa cercana.

Baboucar intentaba explicarle a Robert, en inglés, que el plan de ir a la piscina ya no seguía en pie. Ibrahim no estaba y no respondía al móvil, y el amigo italiano de Ibrahim que tenía la piscina tal vez ni siquiera existía. Ahora había tenido la idea de ir a la playa, y estaba convencido de que se trataba de una muy buena idea. Robert asentía, se mordía el labio superior y, de vez en cuando, miraba a los demás para ver si también lo seguían o si aquellas explicaciones eran solo para él. Empezaba a entender el italiano, pero las cosas complicadas era mejor que se las dijeran en inglés.

Mohamed el Bajo se había quedado dormido en un banco de madera, con los brazos cruzados detrás del cuello y la gorra de béisbol apoyada en el estómago. Ousman permanecía en silencio, con los codos en la mesa y la cabeza en las palmas de las manos, y escuchaba a su estómago a la espera de que volviera a dolerle. Después de